

«riosos (1).» El Sábio vió á la mujer *mas amarga que la muerte, red á su corazon y cadena del pecador* (2). No podemos menos de hacer aquí mencion tambien de aquel filósofo que al oír lo mucho que las cortesanas de Corinto se hacian pagar sus vergonzosos placeres, dijo con tanta gracia como verdad: «Yo no compro tan caro el tener que arrepentirme (3).» De la ira, la ambicion y la lujuria tomaron con razon sus tres furias los poetas.

Encerrado el sensualista entre la sed de gozar que le abraza y que no puede satisfacer, porque el corazon que se apacienta de placeres nunca dice *basta*, los remordimientos que punzan atrocemente su corazon, la satisfaccion que le ha proporcionado el placer es tan breve y tan fugaz, que la mente no puede cogerla al vuelo: no quedándole de esos placeres que con tanta vehemencia ha deseado, y que tan rápidamente se han deslizado sobre la superficie de su alma, mas que el remordimiento, como de la flor que se aja entre los dedos no queda mas que la espina (*). El remordimiento queda clavado en su corazon como el dardo en la herida, desgarrándole y haciéndole sufrir atroces dolores; se vuelve de todos lados buscando el reposo, y en ninguna parte lo halla; su pobre corazon herido y manando sangre no sabe dónde posarse, y se admira él mismo de que un goce tan breve haya podido dejarle tan largos dolores, y de que un placer tan fugitivo haya podido causarle tan tenaces amarguras. «¡ Ah ! ignora el necio que echa sobre sí las cadenas hasta que «contempla traspasado su corazon (4).»

Por manera, que el placer es precisamente el ovario fecundo de los disgustos y amarguras que han de germinar despues. Pero lo mas espantoso para el sensual es que la voluptuosidad es un foco inextinguible, ó como ya dijimos, una fermentacion continua sin evaporacion; así es que la edad no hace mas que irritar los deseos á medida que dis-

(1) «Bona verba quæso, ego vero libentissime istinc tamquam à domino furioso et agresti profugi.» (Plat. *Polit. I*; Cic. in *Caj. maj. seu De senectute*, c. 14).

(2) «Capietur ab illa.» (*Eccles. VII, 27*).

(3) «Ego tanti pœnitere non emo.»

(*) «Libido transacta semper sui reliquit pœnitudinem, nunquam «satiatur, et extincta reaccenditur.» (S. Hier. *Ep. CXXIII ad Ageruchum*).

(4) «Ignorans quod ad vincula stultus trahatur donec transfigat sagitta jecur ejus.» (*Prov. VII*).

minuye las fuerzas para satisfacerlos. Cuando el pecado parece por la edad proscrito del cuerpo, se refugia en la memoria, en la imaginacion, y allí se la ve echar tufo, ahumar como una lámpara próxima á extinguirse, y oscurecer el espíritu con súcias imágenes y culpables reminiscencias. De modo, que estos desdichados ni siquiera tienen el consuelo ni la esperanza de que ya que han llegado prematuramente á la vejez, les sea mas fácil reprimir sus pasiones y obtener la salvacion. «No cesará hasta que todo su cuerpo «arda en el fuego de la lascivia (1).»

¿Puede concebirse otra cosa mas atroz para el hombre que esa especie de necesidad de pecar que le está impuesta por la costumbre? ¿Hay nada mas terrible y desconsolador que esos castigos sin expiacion, esos remordimientos sin penitencia y esos dolores sin mérito?

No negamos que la continencia y la castidad cuestan violencias, pero ¿ las exige menores el reino de la sensualidad? El alma de los penitentes mas austeros y de los cristianos mas mortificados no padecen ni un bosquejo de los tormentos y de los suplicios que están reservados á los voluptuosos; además de ser por otra parte tan noble y tan digno refrenar las pasiones, como lo hace el virtuoso, como envilecedor y degradante violentar la razon, como lo hace el sensual. Póngase en presencia uno de otro el cristiano que procura agradar á Dios observando su ley, y el mundano que solicita los favores de una mujer corrompida, á quien vende su alma por una sonrisa: para el primero todo es paz, alegría y consuelo; aun las mas arduas privaciones, aun los mas duros sacrificios son para él suavidades y dulzuras. Para el segundo todo, por el contrario, se convierte en amargura, pena y dolor; en cada placer que florece su vida, deslízase un remordimiento que roe su gérmen, ó un tédio que marchita su flor (*).

(1) «Non desinet, donec incendat ignem.» (*Eccli. XXIII, 23*).

(*) Hasta aquí hemos copiado casi literalmente gran parte de este capítulo de la preciosa obrita titulada *Horas serias de un jóven*, porque habiendo sido escrita por un mundano, es de grande peso la autoridad de sus palabras, por apoyarse en la propia experiencia. De paso decimos á los sofistas que vean en ellas perfectamente corroborado lo que contra sus mentidas calumnias hácia el Cristianismo, y contra sus pretensiones impías, nos hemos propuesto probar en la obra, á saber, que no hay verdadera alegría, ni dicha ni felicidad, ni verdadero carácter, ni dignidad, ni elevacion ni grandeza sino bajo la égida del Evangelio.

Un juicioso moralista ha descrito perfectamente la abyeccion y esclavitud del hombre que está dominado por la mujer. «Todos los sábios, dice, todas las historias, la experiencia continua de todos los dias demuestran que no hay «tiranía mas odiosa que la de la mujer sobre el hombre que «se deja prender de sus encantos; solo puede querer lo que «ella quiere. Es necesario que se adapte á sus gustos, á sus «aversiones, á sus enemistades, que se someta ciegamente á «sus caprichos y á sus furores. Es inconcebible con qué bajezas se envilece y los excesos á que es capaz de dejarse «arrastrar contra sus verdaderos sentimientos. Sacrificará á «sus amigos mas queridos y mas útiles si tiene poder, y concederá sin vacilar la cabeza de los que mas quiere y aprecia. No hay necesidad de exagerar estos rasgos para probar que no queda ningun resto de libertad en los que se entregan á amores desordenados. Los mas fuertes pierden «con ello todo su valor y son imperiosamente dominados. Los «mas libres *sienten el peso de sus cadenas*; esta es una «presion que les es muy familiar; y sin embargo estos hombres, en los que muere el amor á la libertad, hasta se complacen en su esclavitud, la cantan, y se lamentan de ella «sin aborrecerla (1).»

La voluptuosidad, *esa madre del dolor*, como con tan maravillosa exactitud la llamó Tales, al paso que mata al hombre moral, enerva y destruye al hombre físico, haciéndole receptáculo de las enfermedades mas crueles y asquerosas. Cuando no ha podido detenerle la saciedad se ve detenido por la impotencia, y si resiste al médico, que no hará otra cosa en su método curativo que proponerle el plan del Evangelio, va á dar con el sepulturero. San Cipriano apellida á esta funesta pasion *ruina de la juventud, que no perdona ni al cuerpo ni al alma*, y hace de ella una pintura tan horrible como verdadera (2).

Decia muy sábiamente el filósofo Architas de Tarento, «que «la naturaleza no ha dado á los hombres enfermedad mas «mortal que los deleites del cuerpo (3).»

Es, pues, incontestable, y apelamos á la experiencia de

(1) *La regla de los deberes*, tomo 2, cap. 14.
(2) *Lib. de disciplina et bono pudicitiae*, num. 8.
(3) «Nullam capitaliorem pestem quam corporis voluptatem.» (In Cic. *De senectute*, cap. 12).

todo hombre dominado por tan indecorosa pasion, que la voluptuosidad, la sensualidad y la lujuria, despues de envilecer y degradar al hombre, le hacen completamente infeliz y desgraciado.

¡Con cuánto horror no han mirado siempre este pecado los ojos castos del Catolicismo! Allá en sus exordios (1) castigó la simple fornicacion, de la cual no se olvidó Tobías apartar á su hijo (2) con la pena misma del adulterio; y tal es su horror á este vicio, que hasta declaró *impuro* al que padecia impureza involuntaria (3). Él ha purificado la corrompida atmósfera del vicio allí donde ha reinado, formando todavía en todos los estados de la sociedad hombres de una virtud perfecta, libres de las flaquezas mas comunes en otras sociedades.

El Apóstol de las gentes concibió una indignacion tan profunda como santa al oír la pasion bestial del corintiano tan terriblemente castigada ya en el Levítico, reconviniendo fuertemente á los que tardaron un instante siquiera en arrojarle de la iglesia (4).

«Cuando condenais, decia oportunamente el gran apologista del Cristianismo á quien ya hemos citado sobre el particular, dirigiéndose á los tiranos, cuando condenais á la «brutalidad de un libertino á nuestras doncellas, que miran «con intrepidez á los rugientes leones, entonces manifestais «que para un cristiano es mayor la pérdida del pudor que la «de la vida (5).»

El primer concilio cristiano que se celebró en el mundo se apresuró á condenar la fornicacion, que habia empleado en su culto el Paganismo; sacrilega impureza contra la cual no hallaba san Ambrosio palabras bastantes de execracion (6). Á nadie se le ocultan las rigorosas y severas penitencias públicas, impuestas despues por los cánones á los lascivos escandalosos, y las penas terribles que por su influencia se intercalaron en los códigos civiles. Creyó que el fuego era lo único que podia purificar ciertos crímenes detestables. Baste

(1) Deut. xxii.

(2) Cap. xxii, 23.

(3) Deut. xxiii.

(4) «Cur non magis luctum habuistis ut tollatur de medio vestrum «qui hoc opus fecit.» (*Ep. I*, cap. v, v. 2).

(5) *Apolog.* cap. ult.

(6) *De virginibus*, lib. I, cap. 4.

decir que el Cristianismo ha bendecido y consagrado la virginidad, la ha virtualizado, la ha santificado, la ha puesto sobre los altares, ha colocado una corona en sus sienes y una palma en sus manos, y así laureada la ha enviado al cielo.

Y ¿qué ha hecho el Protestantismo en obsequio de esta celestial virtud y en justa abolicion del vicio de la lujuria? Los mismos reformadores nos lo dirán. Ante todo la historia nos refiere que en Sajonia observando que todos los reformadores se iban casando, se les definió públicamente «hombres á quienes las mujeres les eran mas necesarias que el pan.»

Mucho favor dispensa el satírico y mordaz Erasmo á la Reforma con decir solamente «que no tuvo mas objeto que transformar en novios los frailes y las monjas, sucediendo lo que «en las comedias, en que los actores acaban siempre por casarse (1).» Calvino, marcado ya por sodomita (*), es mas expresivo y se acerca mas á la verdad cuando dice «que él y «todos los evangélicos se hacian tales para entregarse con «mas libertad á la incontinencia (2).» Zuinglio en union con diez eclesiásticos reformados alegaban ante el obispo de Constanza sus impurezas como *razon* para concedérseles el matrimonio (3). Lutero, que no quiso ser tan franco respecto de sí mismo, no podia ocultar sin embargo su seducción infame, y su rapto y matrimonio sacrilego; y clamaba además en público que sus secuaces se hacian de dia en dia mas impúdicos (4). Y Enrique VIII, que tampoco quiso descubrirse en esta parte, es sabido de todos que se hizo reformador por su brutal incontinencia. El convencimiento de todo esto promovió la conversion de la princesa de York, como ella confiesa. Comparen ahora los aficionados á analogías la secta de Lutero en esta parte con la de Carpócrates allá en el siglo II, y observarán si en el orden moral los apóstoles de la Reforma no fueron verdaderos carpocracianos. En fin, no hay castidad ni honestidad posible entre hombres que profesen con su corifeo Lutero el principio de *que el instinto sexual es de*

(1) Epist. VII et XLI.

(*) Archivos de la ciudad de Noyon en Picardía.

(2) *Pensamientos filosóficos*, citados por Nonnotte y Bergier.

(3) Thesis, num. 56. «Supplicatio quorundam Evangelistarum ad episcopum Constantinum.»

(4) Serm. 1553.

una fuerza absolutamente indomable, y de una necesidad inevitable é invencible. Teniendo noticia de este principio admitido por los reformadores, ya no se extrañará su conducta.

Y ¿cuál ha sido la obra del Filosofismo en esta materia? Lo dirémos en pocas palabras: él ha llegado hasta decir al hombre que se incline hácia la tierra, que ande en cuatro piés, que abdique su razon sustituyéndola con el instinto, y que satisfaga sus pasiones: mas, le ha propuesto sistemas de felicidad que avergonzarian á las bestias mismas. Y lo mas singular es que en ello los sofistas son consecuentes y no les falta razon, porque cuando se cree, como ellos creen, que el hombre no es mas que un animal (*), es legítima la deducción «de que está en su derecho siguiendo sin escrupulo todas las condiciones de la animalidad, y que cuando «resiste á ellas resiste á la naturaleza. Es muy fácil calcular los efectos que debe producir sobre las costumbres de «las naciones esta doctrina detestable (1).»

En una palabra; los sofistas, que no pueden ó no quieren de ningun modo resistir á las exigencias de sus pasiones, porque esto, dicen ellos, degrada extraordinariamente á los hombres (2), y sin las pasiones, añaden, nada hay sublime en las costumbres (3), es muy natural que prefieran hacer la apología de ellas á confesarse francamente malévolos ó criminales, ni mas ni menos que los paganos pretendian cohonestar, excusar, justificar y aun deificar sus vicios atribuyéndolos al poder de ciertas divinidades, ó por no ir tan léjos, como los reformadores los atribuyeron á ese su *fatum* de la *necesidad irresistible*, y ¡horrible blasfemia! á la excitacion misma de Dios. Así nuestros sofistas no se han avergonzado de llegar á decir, «que vista la gran dificultad de «resistir á la pasion de la lujuria, seria tal vez un rasgo de «sabiduría cambiar la enculto (4). «Oportunamente dice Bergier «que jamás perdonarán al Evangelio el oprobio de que «les ha cubierto (5).»

(*) Ya hemos aprendido de Diderot que no se diferencia del perro mas que en el vestido. Teliamet ha descubierto tambien que en el principio los hombres eran... ballenas! ¡Cáspita, qué adelantos!

(1) Bergier, *Diccionario de teología*, artículo *Castidad*.

(2) *Pensamientos filosóficos*, citados por Bergier, *Tratado histórico*, tomo 1, pág. 395.

(3) Id. citado en Nonnotte.

(4) Citado por Bergier, *Diccionario de teología*, artículo *Mortificacion*.

(5) *Tratado histórico*, tomo 2, pág. 261.

§ IV. — *Ira.*

«Aparta la ira de tu corazón (1).» La ira es como el furor y la exaltación de las otras pasiones. Si la soberbia, la ambición ó la envidia se irritan, se vuelven furiosas é iracundas; y como las pasiones se irritan cuando se las pone algún obstáculo, de aquí es que los obstáculos que impiden su marcha funesta á las pasiones del hombre son realmente la causa y el principio de su ira. Es, pues, la ira la explosión de las demás pasiones; y en esto no cabe excepción alguna, porque aun cuando el principio ó motivo de la ira de una persona sea una injusticia ó una calumnia que se la haya inferido, este motivo es el motivo remoto, y si entre el motivo y la ira no hubiera otra cosa esta ira no sería pecaminosa. Pero entre la ofensa y la ira hay una tercera cosa ó motivo próximo que emponzoña la indignación exaltada llamada ira, y este motivo próximo es el *orgullo*, si la ofensa consiste en alguna falta de respeto ó atención; la *ambición*, si consiste en un despojo, y así de las demás. Por manera que la ira es parecida al efecto que produce el choque del acero contra el pedernal; porque así como hiriendo aquel á este se produce el fuego, así hiriendo la calumnia al orgullo, ó la expoliación á la avaricia, surge la ira: de modo que la ira presupone las demás pasiones, y tiene una existencia condicionada ó pendiente de la vida de aquellas. Esta es la razón por que las almas perfectas y cristianas, que se han puesto absolutamente en manos de Dios despreciando las cosas del mundo, jamás se irritan ni encolerizan por grandes que sean las ofensas que se les hagan: en ellas han desaparecido aquellas pasiones, foco de la ira: desapareció el pedernal, y no queda más que el acero, impotente por sí solo. Dos cosas son absolutamente imposibles según esta doctrina: una que haya ira donde no estén las demás, ó una siquiera de las demás pasiones; y otra que no esté la ira donde estén las otras pasiones y se las contradice. No hay más que una ira lícita: la ira santa, la santa indignación de que nos ofrecen algunos ejemplos las sagradas Escrituras y la vida de los bienaventurados; la ira conce-

(1) «Aufer iram à corde tuo.» (*Eccles. xi, 10*). «Omnis amaritudo, et ira, et indignatio tollatur à vobis.» (*Ephes. iv*).

bida por el celo de la majestad y gloria de Dios, la de su Madre santísima y bienaventurados, y también la que concebimos contra las doctrinas impías, sacrílegas y antisociales, con tal que no la llevemos hasta los hombres (1); porque estas iras no tienen por motivo próximo ninguna pasión pecaminosa ni egoísta, sino el amor de la verdad, el amor de Dios, el amor de la Religión y el amor de la patria; motivos justísimos.

Resulta que la ira no siempre es pecaminosa, dado que hay ira buena é ira mala; á diferencia de otras pasiones, que son siempre y esencialmente pecaminosas, porque llevan en sí intrínseca é inseparable la malicia. Así es que no puede haber soberbia buena, lujuria buena, etc. Por consiguiente, así como la existencia de la ira es hipotética, condicional y pendiente de la existencia de las demás pasiones; así también la bondad ó malicia de la ira es hipotética, condicional y pendiente de la bondad ó malicia de sus motivos próximos. Pero no es nuestro intento desentrañar las pasiones, buscar su origen, sus causas, la relación y diferencia de unas con otras, ni hacer de ellas un examen tan prolijo y analítico. Nos concretaremos únicamente á sus efectos.

La ira degrada sobremanera al hombre. El hombre encolerizado y la fiera no se diferencian más que en que esta tiene garras y aquel no. «Sería de desear que la agitación en que se encuentra el que está colérico le dejase la facultad de acercarse á un espejo y verse en él la cara. La alteración de sus facciones y la brutalidad de sus movimientos, haciéndole ver la degradación en que se encuentra su alma, le haría avergonzarse, y al ver con sus ojos lo que no puede ver con el pensamiento, se ruborizaría del desagradable espectáculo que ofrece á los demás. Ved ese hombre á quien la cólera arrebató: sus ojos se inflaman, sus labios tiemblan, sus cabellos se erizan, su rostro está encendido, sus palabras son furiosas, agrias, vehementes y entrecortadas, su cuerpo está agitado con movimientos convulsivos. Esto no es siquiera hombre; es un león rugiente, es una bestia feroz que todo lo destroza si se la quiere sujetar... ¡Qué espectáculo tan horrible y tan á propósito para llenar de horror á todos los hombres que amen

(1) «Interfícite errores, diligite homines.» (*S. Aug.*).

«el honor, á todos los hombres que tienen algun sentimiento de su dignidad (1)!»

El hombre airado es tambien infeliz, porque ha perdido la quietud y el reposo que constituyen su dicha, y le hace padecer atrozmente el infierno que enciende en su corazon. La ira, pues, se torna en perjuicio del airado, y es la pasion mas insensata bajo este punto de vista. Por eso la sagrada Escritura sienta *que la ira mata al necio* (2). Filemon, antiguo poeta griego, dijo tambien en una de sus comedias: «Todos somos insensatos cuando estamos encolerizados.» «Como si á un hombre, dice á este intento san Agustin, pudiera hacerle otro enemigo mayor daño que el que se hace á sí mismo con aquel odio con que se irrita contra su prójimo, ó como si un hombre persiguiendo á otro pudiera hacer en él mayor estrago que el que causa en su propio corazon (3).» «Ella misma (la ira) se castiga muchas veces, dice Séneca, en el acto mismo con que intenta vengarse (4).» Lactancio dice «que el que principia á vengar una injuria ya está vencido (5).» Fue verdaderamente tan agudo como cierto el dicho del filósofo Archita de Tarento á su granjero, de que hace oportuna mencion san Ambrosio (6): «¡Oh infeliz de tí, á quien afligiria si yo no estuviese airado!» Así es que es propio de los necios perseverar en la ira (7). «Tu paz estará en tu mucha paciencia (8).»

El Catolicismo jamás ha disimulado á nadie la ira; y en los principios del mundo su Autor divino maldijo la cólera de Cain (9). El Autor del Cristianismo y sus propagadores á su ejemplo fueron un dechado de suavidad, de dulzura y de

(1) H. J. Thomas, *Sermon sobre la ira.*

(2) «Vere stultum interficit iracundia.» (*Job*, v). «Zelus et iracundia minuunt dies.» (*Eccli.* III, 26).

(3) «Quasi vero quemlibet inimicitiam perniciosius sentiat quam ipsum odium, quo in eum irritatur, aut vastet, quisquam persequendo alium gravius, quam cor suum vastat inimicando.» (*Conf.* lib. I, cap. 18).

(4) «Stulta, levis, fatua.» (*Past.* lib. II, mandat. 6, cap. 28).

(5) «Si lacessitus injuria lædentem persequi cœperit, victus est.» (*Divin. instit.* lib. V, *De vero cultu*, cap. 18).

(6) *De officiis ministrorum*, lib. I, cap. 21. «Ferunt gentiles, ut in majus omnia verbis extollere solent, Architæ Tarentini dictum Philosophi, «quod ad villieum suum dixerit: O te infelicem quem afflictarem, nisi tiratus essem!»

(7) «Ira in sinu stulti requiescit.» (*Eccles.* VII, 10).

(8) *Imitacion de Jesucristo*, lib. III, cap. 25.

(9) «Nunc igitur maledictus eris super terram.» (*Genes.* IV, 11).

mansedumbre, y la mansedumbre, la dulzura y la suavidad fue lo que predicaron. Pues ¿quién no ha oido hablar de los furiosos arrebatos de los autores de la Reforma? ¿quién ignora que fueron un volcan de ira, y que predicando la ira sembraron por doquier el furor y la venganza?

En cuanto á las sectas filosóficas, dejamos á la consideracion de los lectores hasta dónde serian capaces de llevar á los hombres las siniestras teorías y furibundos sistemas de los filósofos comunistas y socialistas, y las de los modernos falansterianos y predicadores del progreso indefinido, si llegaran á plantearse. Algunos ensayos han dicho lo bastante.

§ V.— *Gula.*

«La sobriedad es la salud del alma y del cuerpo (1).» Otra pasion que el Catolicismo agregó al catálogo de las criminales y pecaminosas, negándola tambien en su virtud la entrada en los cielos (2). Bajo el nombre genérico de gula comprendemos el uso inmoderado de la comida y de la bebida, ó sean sus dos especies de *crápula* y *embriaguez*.

No sabemos qué otro exceso pueda cometer el hombre que le degrade mas. ¿Hay alguna diferencia entre el bruto, á quien mueve el instinto, y el hombre embriagado? La hay ciertamente, pero esta diferencia es todavía mas degradante del hombre; porque al menos si el bruto no tiene razon, que es lo que constituye lo digno, es porque Dios no se la ha dado: no tiene él la culpa de ser irracional, y por lo tanto su degradacion es inevitable, necesaria é involuntaria; mientras que el ebrio no tiene razon, porque él se la arrebató brutalmente, y por lo tanto yace en una degradacion voluntaria, que es la degradacion mas infamante y monstruosa.

«El que deja que su apetito sojuzgue á la razon, dice un autor persa (3), es mas despreciable que las bestias, puesto que estas no tienen modo ni arbitrio para reprimir sus sentidos.»

«¡Qué ignominia, exclama H. J. Thomas (4), para un hom-

(1) «Sanitas est animæ et corporis sobrius potus.» (*Eccli.* XXXI, 37).

(2) «Neque ebriosi, etc.» (*II Cor.* VI).

(3) D'Herb. *Ep.* CCCXVII.

(4) *Sermon sobre la gula.*